

EUROPA ORIENTAL Y EL FUTURO DEL IMPERIO SOVIETICO

Vojtech Mastny

La situación política y los diversos procesos que han surgido en los seis países de Europa Oriental bajo la dominación soviética, son analizados por Mastny en este artículo, en el que se prevee la necesidad de que la URSS piense en una asociación y no en una subordinación.

* * *

PARA MOSCÚ TODO LO QUE OCURRE en Europa Oriental tiene un aire de fatalidad. Ninguna otra parte del mundo, fuera de la misma Unión Soviética es tan decisiva en la determinación del futuro de todo el sistema soviético de poder. Ni siquiera las relaciones con los Estados Unidos pesan de un modo tan directo sobre la existencia misma de aquel sistema, a menos que se tratara de la eventualidad muy poco probable de una guerra entre las superpotencias. Tampoco tienen esa importancia las relaciones con China, en las que Moscú fácilmente evita cualquier viraje peligroso. Europa Oriental es diferente, porque los seis países del pacto de Varsovia, aunque oficialmente sean extranjeros, son efectivamente vulnerables.

Esta relación peculiar es una ambivalente herencia staliniana, pues Stalin veía en la adquisición de un imperio la única protección para la seguridad soviética tal como él la entendía. Pero, pasados cuarenta años, el imperio se ha convertido en una alarmante fuente de inseguridad. Europa Oriental ha sido la única región (exceptuando el caso especial de Afganistán) donde Moscú repetidamente ha tenido que defender sus intereses por medio de intervenciones militares.

En 1945, cuando comenzaba a formarse el imperio, George Kennan predecía con admirable precisión los resultados:

El gobierno ruso ha contraído una agobiante responsabilidad para consigo mismo: la de mantener sometidas las provincias que acaba de conquistar. Sin duda la dominación rusa despertará impaciencia y resentimiento en aquellos pueblos. Y las rebeliones contra la autoridad de Moscú, en caso de lograr el éxito, sacudirían toda la estructura del poder soviético.

Desde el punto de vista moscovita, la gran incógnita acerca de la nueva posición mundial de Rusia es si el Estado soviético logrará cumplir con esas nuevas responsabilidades para consolidar su poder

sobre los nuevos pueblos, reconciliar este hecho con la tradicional estructura política del pueblo ruso y hacer que sus conquistas produzcan fuerza en vez de debilidad. Esta es la verdadera incógnita en el porvenir de Rusia¹.

La capacidad de Kennan para predecir los hechos partía de un claro sentido de la historia — cualidad que generalmente se atribuye más a la cultura de Europa Oriental, incluyendo la rusa, que al Occidente. Para bien o para mal, los europeos orientales tradicionalmente tienden a buscar en la experiencia y en los antecedentes las claves que explicarían cualquier situación problemática del presente. Y, de acuerdo con esa perspectiva a largo término, el imperio soviético será como lo fueron sus predecesores: transitorio. Otro americano con talento histórico, Henry Kissinger, al comienzo de su carrera en el gobierno, señaló esta verdad elemental sobre el auge y la caída de los imperios (sin encontrar un público receptivo cuando aplicó sus conceptos a Estados Unidos). Siendo Secretario de Estado bajo Ford, Kissinger también se atrevió a decir que, pasadas una o dos generaciones, no habría ningún problema soviético de qué preocuparse.

Pero la falla inherente en estas perspectivas es que predecir lo inevitable es más fácil que calcular cuándo y cómo ha de ocurrir. Sin embargo es posible, mejor dicho, necesario, hacer una pausa y considerar el presente como una etapa en el proceso que comenzó en 1945 (o mejor dicho en 1939, cuando Stalin, entonces en colusión con Hitler, se embarcó por primera vez en su búsqueda de seguridad por medio de la expansión imperial). El resultado final es imposible de prever. El punto de vista histórico puede entonces ayudar a explicar lo que cambió en el curso de aquellos años en lugar de registrar simplemente lo que permanece igual.

Lo que no ha cambiado está a la vista y no ofrece demasiadas luces: es principalmente el deseo y el empeño de la Unión Soviética de preservar su control sobre Europa Oriental. Ese deseo y ese empeño no lograron evitar que un país, Yugoslavia, se independizara en el momento mismo en que se estaba consolidando el imperio. Ni evitó que más tarde Albania se separara. Los demás países de la órbita de la Unión Soviética desde 1945 han permanecido bajo su soberanía, pero en esto también ha habido un cambio.

La medida del cambio

LAS DIFERENCIAS INDIVIDUALES en las condiciones internas de estos países y en sus relaciones con Moscú dan la verdadera medida del cambio que ha ocurrido. Hubo una época — desde 1948 hasta la muerte de Stalin — en que la Unión Soviética sistemáticamente se propuso convertir a cada uno de ellos en copia de sí misma. Pero hoy en día queda poco de esta quijotesca tentativa que pretendió igualar la diversidad en una región de Europa que se caracteriza por su heterogeneidad. Las diferencias históricas se han vuelto a afirmar con tal vehemencia, mientras se agregan otras, que casi se podría predecir una recaída hacia la "balcanización" del siglo XIX.

En aquella época Europa Oriental tenía fama de ser el polvorín del continente, y con razón: ciertamente el dinamismo incontrolable de los nacionalismos locales en parte explica los orígenes de la Primera Guerra Mundial. Recientemente se ha dicho que la región podría estallar de nuevo e inclusive arrastrar a las superpotencias a la guerra, pero cabe notar que los que alegan esto no son profesionalmente expertos en el área o en la Unión Soviética². Claro está que voceros soviéticos han promovido esa imagen de su país como una presencia indispensable que mantendría la tapa bien ajustada sobre aquella caldera de pasiones nacionalistas. Por ejemplo, luego de la intervención de Moscú en Checoslovaquia en 1968, el presidente del Soviet Supremo, Nicolai Podgorny, insinuó en una conversación con el embajador de los Estados Unidos, Jacob Beam, que dicha acción evitaba “el comienzo de otra guerra mundial”³.

Esto evoca la estafalaria imagen de una Unión Soviética parecida a la Gran Bretaña del siglo XIX, cuando, alegando la necesidad de preservar la estabilidad internacional, prefirió que las naciones rebeldes bajo el Imperio Otomano permaneciesen bajo su tutela a pesar de que este se desintegraba sin remedio. Pero si buscamos semejanzas con potencias de aquella época, la que más se aproxima es el Imperio Austro-Húngaro. Y las similitudes no son halagadoras para Moscú — a pesar de la nostalgia que definitivamente existe entre los europeos orientales — quienes, en vista de la posterior experiencia con las alternativas, tienden a añorar el imperio que sus antepasados ayudaron a desmantelar con tanto empeño.

Una sensación de que la vitalidad disminuye en la nacionalidad reinante, cada vez más minoritaria frente a los demás grupos étnicos que resienten sus pretensiones de predominio, es tan alarmante para Moscú como el creciente *impasse* político en Europa Oriental, el cual recuerda los años de la decadencia austro-húngara. Pero allí por lo menos florecía la creatividad intelectual, produciendo ideas imaginativas para la revitalización del imperio que acomodaban los diferentes intereses de sus elementos — antes de que el accidente de la Primera Guerra hiciera que todo esto fuera obsoleto. La esterilidad mental que marca la política soviética en nuestros tiempos presenta un impresionante contraste.

¿Hasta qué punto sigue siendo Europa Oriental un polvorín, comparada con lo que fue en los años precedentes a 1914? Los cambios que han ocurrido en esta área tienden a acentuar las diferencias más que las semejanzas entre la crisis que provocó la guerra del 14 y la condición actual del mundo. Es verdad que luego del tratado de paz de 1919, que causó tanto resentimiento en toda la región, se multiplicaron allí los problemas internacionales; pero en general estos tendían a disminuir, hasta que otras potencias, principalmente Alemania e Italia, resolvieron exasperarlos para servir sus propios intereses en la década de los treinta. De modo que, si bien

la Segunda Guerra también partió de Europa Oriental, esto no fue consecuencia de ninguno de sus problemas de tiempo atrás sino, inevitablemente, de las ambiciones de las potencias fascistas de manipular como peones a algunos de sus frustrados pueblos.

Naturalmente la Segunda Guerra atizó los excesos nacionalistas de la región — así ocurrió también en otras partes del mundo. Pero al mismo tiempo generó esfuerzos para vencer la desintegración causada por el nacionalismo, creando estructuras de cooperación — como fueron, por ejemplo, el proyecto de confederación checo-polaco o el que hicieron Yugoslavia y Bulgaria. Ninguno de estos esfuerzos logró su meta, no porque fueran imperfectos, sino porque la Unión Soviética deseaba otro tipo de arreglos internacionales. El orden al estilo soviético fue impuesto arbitrariamente sobre poblaciones que no lo deseaban. Ellas, aun después de un cambio de generaciones, simplemente lo toleran, sin aceptarlo como normal. Por primera vez en su historia, Europa Oriental quedó integrada bajo los auspicios de un solo poder imperial en lugar de varios. Además, esta nueva potencia hegemónica, considerada por ellos como inferior en casi todo menos el tamaño y la fuerza bruta, procedió a moldearlos a su imagen y semejanza con una escrupulosidad que ninguno de sus predecesores había tenido.

La experiencia común de los europeos orientales bajo la dominación de Moscú ha producido un efecto unificador al generar un resentimiento que ha opacado las persistentes animadversiones nacionales. Además la naturaleza de las animadversiones ha cambiado. Ya no se discuten seriamente los derechos de frontera — y este es un tributo a los pacificadores que las trazaron en su mayor parte en 1919. (Una importante excepción es la alteración de fronteras impuestas por los soviéticos durante la Segunda Guerra para los pueblos bálticos y Polonia. Significativamente, son estas fronteras las que han creado los sentimientos de hostilidad más profundos). También está prácticamente desaparecido aquel nacionalismo provinciano, fuente de odios por causa de la ignorancia y del aislamiento físico. Si bien no se puede decir que se aman, los europeos orientales de hoy en día por lo menos se conocen más a fondo. Su movimiento a través de las fronteras nacionales, aunque para un occidental parecería restringido, es más extenso de lo que había sido antes. Y gracias a la revolución en la comunicación de masas, por la cual tienen acceso a los medios de comunicación occidentales, se podrían catalogar entre las personas mejor informadas del mundo.

El proceso de maduración política en Europa Oriental hace que la posibilidad de otro estallido de pasión nacionalista sea muy poco probable. La verdad es que sería menos probable allí que en otros lugares del mundo, incluyendo regiones de Europa Occidental — si tenemos en cuenta ejemplos como Irlanda del Norte o el país vasco. Comparada con estas, la crisis que sacudió las bases mismas de Polonia ha sido un modelo de moderación. Demostró sutileza política y un sentido de responsabilidad, cualidades que los polacos no tenían la reputación de poseer en abundancia. Casi nadie en la Europa Oriental de hoy insiste seriamente en que sea posible, o siquiera deseable, tratar de independizarse del bloque soviético en el futuro previsible. En esto, aún aquellos que encuentran intolerable la dominación de Moscú

2 / Un ejemplo de esta opinión por un especialista en política exterior norteamericana puede leerse en “Soviet Control of Eastern Europe: Morality Versus American National Interest”, *Political Science Quarterly* 91 (invierno 1976-1977): págs. 619-28.

3 / Citado por Adam B. Ulam. “Why the Status Quo in Eastern Europe is a Threat to Soviet Security”, en *Détente*, editor George Urban (Nueva York, Universe Books, 1976), pág. 213.

están de acuerdo. La memoria del fracaso húngaro en 1956 refuerza las dudas.

Los desafíos

PERO DESPUES DE AQUEL AÑO HISTORICO, ha habido un sinfín de desafíos al orden impuesto por los soviéticos. Hechos con gran ingenio, estos desafíos nunca dejan de sorprender a los observadores. La conspicua falta de habilidad para anticipar los hechos en la región ha acentuado la precariedad del llamado orden de Yalta, el cual se basa en una Europa dividida que no solo los soviéticos sino muchos occidentales — aunque por razones distintas — preferirían mantener⁴. Y los desafíos, cada uno más complejo y creado con mayor sutileza que su predecesor, han encontrado a una Unión Soviética cada vez peor preparada y menos dispuesta a tomar medidas efectivas.

En 1968 reformadores checoslovacos intentaron dar nueva vitalidad al marxismo, proporcionándole un “rostro humano”, poniendo en tela de juicio la esencia misma del comunismo soviético. En su artículo de mayo 1945, Kennan predice que las nuevas tierras occidentales adquiridas por Moscú podrían llegar a convertirse en foco de contagio ideológico para el imperio soviético, como lo fueron en tiempos de los zares⁵. Y a pesar de profesar la misma ideología de los soviéticos, el desafío de los checos a la autoridad del Kremlin no era menos revolucionario que el que presentaban los socialistas radicales de los países occidentales a la autocracia del zar antes de la Primera Guerra. Poco importaba que los reformadores de Praga quisieran cambiar el sistema desde adentro de un modo evolucionario: si hubieran llegado a una conclusión lógica, sus esfuerzos eventualmente habrían producido algo muy similar a la democracia.

Pero ya en 1968 el marxismo dejaba de ser la base de la dominación soviética en Europa Oriental — suponiendo que alguna vez lo hubiera sido. Durante sus borrascosas reuniones con el Politburo checoslovaco en el momento álgido de la crisis, Brezhnev y sus asociados no dejaron duda sobre su desprecio por cualquier idealismo comunista⁶. Su actitud demostraba la distancia que había transcurrido desde la época en que la expansión del poder soviético se identificaba con la expansión de la doctrina comunista, destacando claramente la inutilidad de cualquier intento de reforma al sistema por medio de una revitalización de su ideología. El comunismo de rostro humano quedó desacreditado, no porque la intervención soviética le hubiese cerrado el camino sino porque aún los que lo habían propuesto en un principio concluyeron que esta idea era una contradicción en los términos.

En todo caso, nunca más se iría a atacar el poder de la Unión Soviética en Europa Central introduciendo una versión alterna del marxismo. No solamente se ha perdido el atractivo de la doctrina, sino que la alternativa

está fuera de lugar, en vista de que la política soviética simplemente depende del poder. Como decía Kennan en 1945, la política soviética “no está respaldada por ninguna gran idea que inspiraría a los varios pueblos de la región, uniéndolos como una sólida entidad política con una sola meta. El marxismo puro está pasado de moda”⁷. De allí que la reestabilización del imperio luego de la intervención en Checoslovaquia no implica una reimpresión de uniformidad basada en una ideología común. Al contrario: la Unión Soviética ha venido tolerando una diversidad considerable en este campo, mientras trata de reforzar las relaciones de dependencia política y económica para circunscribir la libertad de acción de los distintos países. Los incentivos ideológicos que mantuvieron la cohesión del bloque han sido reemplazados por otros de orden material, y la compulsión militar es una amenaza que no deja de estar presente como último recurso.

Pero Moscú también ha estado tratando de reducir los subsidios para convertir en activo el pasivo económico creado por Europa Oriental. Por otra parte, a mediados de los años setenta endureció las favorables condiciones de comercio de que habían gozado hasta entonces los europeos orientales, especialmente en combustibles y materias primas. Por otro lado les permitió buscar acceso a créditos, tecnología avanzada y hasta bienes de consumo en Occidente. Ya sea que Moscú haya permitido este tipo de desarrollo, con todo y sus peligros, por estrategia o por descuido, la creciente dependencia económica de Europa Oriental con relación al Occidente se ha hecho más extensa de lo que en ningún momento habría arriesgado la Unión Soviética con su propia economía a pesar de ser más fuerte. El resultado fue una profunda desestabilización hacia finales de la década.

La crisis polaca, que terminó una efímera década de estabilidad en la región, fue de un tipo totalmente distinto. Si bien la bancarrota que desacreditó al régimen polaco sirvió de catalizador de la crisis, el ataque a la dominación soviética fue hecho de modo menos directo — y más profundo. Ya prevenidos por las experiencias de Hungría y Checoslovaquia, los polacos ni trataron de salirse del bloque soviético ni trataron de reformarlo desde adentro. La oposición optó por presionar un régimen tambaleante desde afuera en un esfuerzo para obligarlo a hacer ciertas concesiones que eventualmente producirían un cambio. Se trataba no de asumir la responsabilidad del gobierno sino de influenciar su modo de gobernar. El enfrentamiento consistió en un movimiento de masas, espontáneo pero enormemente disciplinado, que no era ni violento ni ideológico sino profundamente político y, como tal, especialmente difícil de combatir.

Además de las dificultades especiales de tratar con la más populosa y antisoviética de las naciones del bloque en una época de estrechez económica sin precedentes, el sutilmente indefinible carácter político de la crisis polaca basta para explicar por qué Moscú desistió de intervenir directa o militarmente. En este caso Moscú se demoró más en actuar que cuando se rebelaron Checoslovaquia o Hungría (o Alemania Oriental en 1953), y se puede decir que nunca respondió al desafío. El hecho de que los rusos se

4/ El caso en favor de una Europa dividida lo alega A.W. DePorte en *Europe Between the Superpowers: The Enduring Balance* (New Haven, Connecticut: Yale University Press, 1979).

5/ Kennan, *Memoirs*, pág. 534.

6/ Zdenek Mlynar, *Nightfrost in Prague: The End of Humane Socialism* (Nueva York: Kats, 1980), págs. 237-41.

7/ Kennan, *Memoirs*, pág. 537.

abstuvieran de asumir plena responsabilidad en la solución es tal vez lo que ha impedido que la solución se encuentre. Al fin y al cabo, se trataba de un problema de participación política, y el régimen de la ley marcial, al negar esa participación, fue incapaz de progresar hacia sus metas declaradas. Solamente logró, en el sentido más limitado de la expresión, restaurar el orden social.

Aunque la decisión soviética de no intervenir militarmente es bastante comprensible, es mucho más difícil comprender el modo en que finalmente intervinieron, el cual, incidentalmente, es más indicativo de las tendencias futuras. Si bien no hay duda de que Moscú aprobó el golpe de los militares polacos en diciembre de 1981 (aunque lo hiciera solamente cuando el golpe triunfó), una prueba decisiva de que el General Jaruzelski y sus asociados actuaran como simples agentes soviéticos no se tiene — y tal vez no se tendrá nunca. Lo que sí comprueban los hechos polacos es la existencia en Europa Oriental de grupos de poder que tienen intereses creados en el *status quo*, y que estos quieren y pueden actuar para preservar sus prerrogativas — motivos no necesariamente inspirados por Moscú.

Los intereses especiales de estos grupos pueden o no coincidir con los de la Unión Soviética. En el caso polaco aparentemente hubo una amplia coincidencia. Pero si tomamos la situación rumana, en ella no encontraremos la misma convergencia de puntos de vista. Además, los intereses de los grupos que gobiernan pueden o no coincidir con las preferencias de los ciudadanos. Tal coincidencia existe en alto grado en Hungría y tal vez, en un sentido diferente, en Bulgaria, pero no en Checoslovaquia ni Alemania Oriental.

En una época de un débil liderazgo en Moscú, iniciados en los últimos años de Brezhnev, la ascendencia de las élites de Europa Oriental como protagonistas políticos en su propio derecho marca una evolución portentosa. Bajo tales circunstancias, la presencia en Moscú de jefes relativamente nuevos y de escasa experiencia puede dar a sus contrapartes mejor establecidas y más experimentadas de Europa Oriental la oportunidad de ejercer su libertad de acción si lo desean — no contra los intereses soviéticos sino en áreas en que la Unión Soviética no ha querido, o no ha podido, defender sus intereses. Y considerando la magnitud tanto de los problemas domésticos como de los internacionales del momento, es más probable que dichas áreas se expandan en lugar de disminuir.

¿De qué modo han aprovechado los regímenes de Europa Oriental las oportunidades que esta extraordinaria situación ofrece? De maneras muy diversas, de acuerdo con sus respectivas culturas políticas. En estos casos también se acentúan las diferencias históricas entre los seis países, aumentadas además por la diversidad de sus experiencias bajo el comunismo.

Bulgaria, Rumania y Polonia

BULGARIA TIENE LA DISTINCION de haber sido dirigida por el mandatario que más tiempo ha permanecido en el poder en Europa Oriental: Todor Zhivkov. Este record demuestra un conformismo pro-soviético en todos los niveles, sostenido entre las gentes del pueblo por la última tradición intacta

de rusofilismo que sobrevive en la región. Es verdad que, hasta cierto punto, las apariencias han sido engañosas; el estereotipo histórico de la aceptación búlgara de todo lo ruso fue contradicho, por ejemplo, por la tentativa de golpe militar de 1965, la cual, sin ser antisoviética, quiso sin embargo obtener para Bulgaria algo más que la apariencia de una asociación⁸. Desde la conspicuamente benévola supresión del complot, el régimen ha acentuado la identidad histórica de esa nación, destacando la supuesta armonía total de sus intereses con los de la Unión Soviética, pero también ha buscado el reconocimiento de Moscú como socio especialmente valioso en empresas comunes realizadas en el exterior.

Durante el desarrollo de estas aventuras, muchas veces escabrosas — tales como la participación en el atentado contra Juan Pablo II — los búlgaros han demostrado una mayor preocupación por su reputación que la Unión Soviética. Pero el deseo de mantener una buena imagen en Occidente es un incentivo demasiado débil para justificar una divergencia substancial de la línea presente. Ni tampoco la relativamente buena condición económica búlgara — favorecida siempre por Moscú como vitrina de la planificación centralizada soviética y, por lo tanto, libre de excesivas deudas con acreedores occidentales — ofrece un tal incentivo. Aun después de que Zhivkov abandone la escena, lo que puede ocurrir en cualquier momento, sus sucesores tenderían menos a sentir el impulso de aumentar su libertad de acción que los demás dirigentes del bloque soviético.

Entre estos, los rumanos han sido los que más lejos han ido en el logro de este tipo de libertad. Han demostrado una habilidad impresionante para calcular, y muy posiblemente ampliar, los límites de la tolerancia soviética. También pudieron explotarla hasta un límite casi inimaginable en la época en que Stalin insistía en subyugar al país totalmente. Ni tampoco habría sospechado Stalin que Rumania, colocada cerca de la cima de sus prioridades estratégicas en Europa Oriental, para sus sucesores, estaría muy abajo.

¿Pero cuál ha sido el valor de la proeza rumana — fuera de dar satisfacción a la familia de Nicolae Ceausescu y sus parásitos, posiblemente el grupo reinante más corrompido de Europa? Víctima de mal manejo económico — el peor después de Polonia — su nivel de vida es el más bajo del bloque soviético y la represión interior, que incluye la supresión de minorías étnicas, está entre las peores. Su política exterior, relativamente independiente, que para Moscú no pasa de ser una molestia, cada vez produce menos resultados positivos. No es sorprendente que la lucha por la autonomía al estilo rumano, con su tipo especial de autoeracia y nepotismo, no tenga émulos, como no es probable que llegue a tenerlos nunca.

El régimen de Polonia en este momento se parece al de Rumania en su estrecha base social de apoyo, su incompetencia administrativa y su proclividad hacia la represión. Pero si Ceausescu comenzó como un reconocido campeón nacionalista, y aún mantiene esa aureola para muchos de sus compatriotas, Jaruzelski y sus cohortes no dejan de parecer traidores en su tierra. Además deben enfrentarse a problemas más inmediatos, sea para cal-

⁸ James F. Brown, *Bulgaria Under Communist Rule* (Nueva York: Praeger, 1970), págs. 173-87.

mar a la Unión Soviética, sea para manejar por lo menos una parte de la opinión pública local.

Es irónico que el régimen que teóricamente debiera gozar de la más amplia libertad de acción por el hecho de ser indispensable para Moscú (evitó una mayor erosión de la posición soviética en Polonia luego de que todas las demás alternativas habían fracasado) es probablemente incapaz de darse cuenta de su potencial. En contraste con la sutileza bizantina de los Rumanos, los mandatarios polacos hasta ahora han manifestado una desproporcionada rigidez y arrogancia. Tales actitudes son tal vez previsible donde tradicionalmente se ha dado demasiado prestigio social a los militares. (Es significativo que los hombres fuertes uniformados con exitosa trayectoria política son casi siempre los que comenzaron como políticos: por ejemplo, Pilsudski en la Polonia anterior a la guerra, a quien Jaruzelski se parece tan poco...). En todo caso, lo que distingue al grupo gobernante polaco actual del de Bulgaria es no tanto su poca voluntad de formular y tratar de lograr sus propios intereses como su incapacidad para hacerlo.

Polonia puede estar quedándose atrás, aún en comparación con Checoslovaquia, aunque lo está haciendo de un modo muy curioso. Por un lado, Praga ha hecho algo que Varsovia no hizo: dió publicidad al descontento de su pueblo por una crucial decisión de política extranjera soviética — el despliegue de misiles soviéticos en su territorio. Es verdad que la protesta se hizo cautelosa e indirectamente — reportando “infinidad” de cartas de crítica recibidas por el periódico del partido — pero en todo caso se hizo⁹. Por otra parte, este gobierno, el más profundamente reaccionario de todo el bloque, ha preservado su conocida propensión a ser más católico que el Papa. No solo ha condenado con fanático empeño cualquier desviación que pueda producirse en las repúblicas “hermanas”; también se ha destacado por sus palabras y acciones insultantes hacia el Occidente.

Checoslovaquia, Alemania Oriental y Hungría

EN CHECOSLOVAQUIA LA INTRODUCCION DE POLITICAS más creativas y menos rudas ha sido difícil no porque sus problemas sean menos graves, como ocurre en Bulgaria, sino porque no son males agudos sino endémicos. Por lo tanto no es tan fácil precisarlos. En la Carta 77, por ejemplo, el régimen de Praga tuvo como adversario el grupo disidente más longevo y organizado de Europa del Este; pero se trataba de un grupo minúsculo y, en su mayor parte, aislado entre una población políticamente pasiva. Tampoco el renacimiento religioso entre los jóvenes — novedad en un país cuya sociedad ha sido tan intensamente profana — ha sido un desafío de cuyo significado se pueda estar seguro. Hay otros problemas latentes — desde la planta industrial obsoleta hasta la deterioración alarmante del medio ambiente — que pueden necesitar acciones decisivas, pero no es probable que despierte a un régimen cuya supervivencia se ha debido a la inmovilidad.

En Alemania Oriental el despliegue de misiles soviéticos también pro-

dujo protestas sólo que estas fueron más descollantes. Se le dio publicidad a la oposición de las iglesias protestantes en un régimen que en todo lo demás ha demostrado ser el aliado más confiable de Moscú¹⁰. Pero su reputación puede ser engañosa: nunca ha implicado el mismo grado de servilismo que caracteriza la cultura oficial política checoslovaca. El más inseguro de los estados de Europa Oriental por sus orígenes artificiales y persistente incertidumbre acerca de su misma razón de ser en vista de intereses soviéticos más altos, el régimen de la República Democrática Alemana ha tenido que esforzarse más que los demás para que Moscú se convenza de su carácter indispensable. Sus esfuerzos sistemáticos en ese sentido han producido como resultado una política coherente de interés nacional según lo determina el grupo en el poder — más coherente que en ninguno de los demás países del bloque con la posible excepción de Rumania. Pero a diferencia de lo que ocurre en Rumania, hay implicaciones para el futuro.

Los esfuerzos para satisfacer este interés “nacional” que llevan a cabo los astutos gobernantes de Berlín Oriental ocasionalmente han chocado con los designios soviéticos — como en 1971, cuando Walter Ulbricht se excedió, tratando de obstruir la incipiente normalización de relaciones con Bonn y fue destituido. Pero a diferencia de aquella época, cuando la Unión Soviética debía aleccionar a los alemanes orientales sobre el manejo de esas relaciones, ahora está produciéndose otro tipo de lección. Por su acercamiento a Bonn en una época en que las relaciones de la Unión Soviética con el Occidente se están descongelando, los alemanes orientales están implícitamente demostrando que más comercio y menos misiles podrían constituir una política útil no solo para ellos sino para los soviéticos¹¹. Y los rusos, que en 1968 recibieron con tanta indignación la tentativa checa de definir el interés común, esta vez parecen más dispuestos a escuchar o por lo menos a tolerar el experimento, a pesar de su veto al proyecto del Secretario del Partido Erich Honecker de visitar Alemania Occidental. Efectivamente un gobierno fuerte en un estado dependiente ha comenzado a quitarle iniciativa a un gobierno débil del poder dominante, lo que equivale a pedir que se considere más como a un socio que como a un súbdito. Si esta tendencia persiste, sería una innovación que vale la pena no perder de vista.

El hecho de proponer más asociación con Moscú no hace necesariamente que el régimen alemán sea más popular entre sus propios ciudadanos. Sin embargo este también ha tomado medidas en ese sentido y al hacerlo ha incurrido en riesgos. Una disminución de las restricciones sobre emigración que permitió a miles de ciudadanos descontentos salir del país ha comprometido seriamente las declaradas pretensiones de lealtad absoluta al régimen comunista. El hecho de que la concesión haya sido en gran parte comprada con dinero de Alemania Occidental no disminuye su significado, pues muestra que cuestiones de principios anteriormente consideradas sacrosantas ahora están para la venta. Así, Alemania del Este ha surgido inesperadamente a la cabeza de la evolución en una región del mundo en que

9/ “Adverse Reaction to Soviet Missiles Seems to be Growing in Czechoslovakia”, *Reportaje Unión Soviética/Europa Oriental* (Radio Europa Libre/Radio Libertad) 1 (Enero 1, 1984), pág. 1.

10/ “East German Party Daily Prints Church Letter Urging Bloc Nations to Begin Disarming”, *Reportaje Unión Soviética/Europa Oriental* 1 (noviembre 15, 1983), 1.

11/ James Markham en el *New York Times*, junio 2, 1984.

otros países eran los precursores de lo inesperado.

Entre ellos, Hungría continúa figurando prominentemente por sus esfuerzos para ampliar la autonomía —más bien con, que contra, la Unión Soviética. Como sus colegas alemanes del Este, János Kádár lleva bastante tiempo de haber persuadido a Moscú de su carácter indispensable, habiendo comenzado su carrera como una excepción en su país — una de las pocas personas importantes del partido que no cayeron en descrédito antes de la revolución de 1956. Kádár no solamente ha dado pruebas de que personalmente es indispensable sino que, a diferencia de sus colegas polacos en la actualidad, también ha logrado superar las consecuencias de los hechos de 1956 con una mezcla mesurada de represión y conciliación, eventualmente presidiendo un gobierno que goza de cierta popularidad, pues es el más moderado de Europa Oriental y del respeto de la Unión Soviética, por su eficiencia.

El secreto del éxito húngaro ha sido más que todo adoptar el sistema soviético y darle otra substancia sin dar publicidad a la transformación. Su colectivización de la agricultura ha sido excepcionalmente productiva al mismo tiempo que se mantiene el "rostro humano", ofreciendo amplias concesiones a la empresa privada. Y los soviéticos, conscientes de que el experimento no es aplicable a sus propios problemas, lo han venido contemplando con fascinación y tal vez envidia en lugar de alarma. En efecto, han reconocido que el sistema Europeo Oriental puede ser mejor que el soviético — proposición que los húngaros han tratado de elevar a la altura de un principio. Como escribió el miembro del Comité Central, Matyás Szürös en enero de 1984 en *Társadalmi Szemele*, los problemas de los Estados individuales del bloque soviético "no se resuelven por medio de soluciones uniformes sino más que todo con métodos que respeten las características (nacionales) al máximo", agregando que "los intereses nacionales pueden subordinarse a los intereses comunes sólo cuando se trate de una situación extraordinaria"¹².

Asumiendo que se evitarán las situaciones definidas como extraordinarias, ¿cuáles son las perspectivas para Europa del Este como parte del imperio soviético? Hace una década, en diciembre de 1974, la misma pregunta se formuló en una discusión durante una reunión de diplomáticos estadounidenses en Londres, donde Helmut Sonnenfeldt creó la expresión "relación orgánica" — término que más tarde iba a causar mucha indignación por su aparente legitimización de la dominación soviética en el área¹³. Cualquiera que hayan sido las consecuencias de la discusión de Londres, ésta marcó el comienzo de un esfuerzo muy necesario para ver las tendencias actuales en una perspectiva a largo plazo, dando así a la política un mayor sentido de propósito.

El concepto de relación orgánica, como fue formulado originalmente

12/ "National Interests Given Higher Priority than International by Hungarian Official", *Reportaje Unión Soviética/Europa Oriental*, pág. 1 (febrero 14, 1984), 1. Para la continuación, ver "Soviet Union Joins Warsaw Pact Debate on National Interests vs. International", *Reportaje Unión Soviética/Europa Oriental 1* (junio 1, 1984), pág. 1.

13/ "State Department Summary of the Remarks by Sonnenfeldt", 940, Congreso del Comité sobre Relaciones Internacionales, Cámara de Representantes, Audiencia ante el Subcomité sobre Seguridad Internacional y Asuntos Científicos, abril 12, 1976, págs. 41-44.

en 1975, partía de la base de que el tipo de relación con la Unión Soviética impuesto a los países de Europa Oriental como parte del "orden de Yalta" era artificial y, por lo tanto, peligroso. Según Sonnenfeldt, había que reemplazarlo por un sistema que, aunque reconociera las realidades geopolíticas del interés soviético predominante en la región, estuviera basado en algo más sólido que el poder solamente. En su opinión, las fuerzas centrífugas de Europa Oriental "tarde o temprano estallarán, causando la Tercera Guerra"¹⁴.

Desde que fueron pronunciadas estas palabras, Europa del Este se ha vuelto aun más inestable y heterogénea. Muchos de los últimos hechos, especialmente los de Polonia, han demostrado la viabilidad decreciente del sistema que prescribe a diversos pueblos la estructura política interior que Moscú prefiere. Pero estos últimos hechos también han demostrado que esta situación artificial no desembocará en una Tercera Guerra Mundial: por todos lados surgen inhibiciones formidables.

La idea de una relación más orgánica entre Moscú y sus estados dependientes se formuló por primera vez contra un trasfondo de poderío soviético que aumentaba dramáticamente. Era una respuesta a esa situación. Hoy en día el poder soviético, por más gigantesco que sea, ha perdido su antiguo dinamismo, y muchos triunfos soviéticos han sido puestos en peligro por debilidades internas u opacados por logros occidentales. Ya desde hace algunos años ha habido una dirección débil en Moscú pero no en Washington. En términos soviéticos, la "correlación mundial de fuerzas" difícilmente puede ser considerada tan favorable a Moscú como lo fue durante el auge de la distensión.

Sociedad vs. subordinación

SIN EMBARGO, DURANTE LA ÚLTIMA DÉCADA, la Unión Soviética ha hecho poco o ningún progreso en lograr que su dominio de Europa Oriental sea más aceptable y menos dependiente del solo poder. No ha logrado, y ni siquiera se ha esforzado en conseguir, una revitalización de las bases ideológicas de su pretensión hegemónica. Cada vez se apoya más en la presión económica, no en los incentivos económicos. De hecho, los beneficios económicos han decaído tanto para la nación reinante como para sus súbditos. Moscú se ve en la necesidad de prestar subsidio a gran parte del bloque, mientras sus habitantes siguen creyendo — con razón o sin ella — que la conexión soviética es la culpable de su atraso material. Y el abismo económico entre Oriente y Occidente crece mientras tanto en vez de disminuir.

Esta prolongada incapacidad de la Unión Soviética para apoyar su dominio sobre el bloque en algo que no sea el poder absoluto — militar, político u económico —, por mala que sea, no da muestras de cambiar. El futuro del tormentoso imperio parece más bien depender de la posibilidad que los soviéticos se vean obligados a modificar la única relación que son capaces de tener por medio de una reducción de su contenido de poder— naturalmente por necesidad más que por convicción sobre tal retroceso de

14/ *Ibid.*, pág. 43.

poder. Hay pocos indicios de cambio en la posible conducta soviética que el Occidente pueda darse el lujo de descuidar.

En agosto de 1983, el *Observer* hizo referencia a fuentes húngaras que reportaban una reciente reunión Kádár-Andropov. En la agenda supuestamente figuraba la posibilidad de una Alemania unida en una Europa neutralizada, libre de tropas soviéticas y norteamericanas¹⁵. La factibilidad de la proposición o la exactitud de la noticia se pueden poner en duda, pero el tema es significativo. A pesar de faltar Andropov, las discusiones sobre una re-definición radical de los intereses de seguridad soviéticos seguramente está ocurriendo en el Kremlin — probablemente sin resultados concluyentes.

Dentro de este nuevo marco, los jefes políticos de Europa Oriental pueden, si lo desean, inculcar a sus colegas soviéticos la noción de que ya es tiempo de pensar en una asociación en vez de la simple subordinación. Si como resultado el imperio soviético evoluciona en la dirección de un *commonwealth* más flexible, puede o no haber beneficios para todos los interesados. Ni es tampoco seguro que esa evolución sea vista con júbilo en Occidente, pues, al fin y al cabo, el Occidente ha prosperado mientras la Unión Soviética ha mantenido su gobierno opresivo en Europa Oriental. Pero en la nueva situación, la respuesta a ambas incógnitas se encontraría menos en Moscú y cada vez más en las diferentes capitales de la región. Los Estados Unidos y demás países occidentales tendrían entonces una mayor oportunidad para influenciar los resultados. Y si estos resultados los llegaran a desilusionar, ya no sería tan fácil echarle la culpa a los rusos.

Tomado del SAIS Review, Volumen V No.1, edición de Invierno-Primavera 1985. SAIS Review es una revista de asuntos internacionales publicada dos veces al año por el John Hopkins Foreign Policy Institute School of Advanced International Studies (SAIS) de Washington D.C.

¹⁵ / Lajos Lederer, *Observer* (Londres), referencia en *The German Tribune*, abril 14, 1983.